

**Alocución del Abad General OCist  
en el Funeral de Dom Policarpo Zakar  
Abad General emérito de la Orden Cisterciense  
Zirc, 24 de septiembre de 2012**

La muerte de un padre pide a los hijos la expresión de la gratitud.

La Orden Cisterciense ha tenido en Dom Policarpo Zakar uno de sus Abades Generales, un padre para toda la Orden. La vida de Dom Policarpo ha sido larga y rica de trabajos y funciones en la Orden, en el mundo académico, en la Iglesia. En esta larga y rica vida, diez años como Abad General pueden parecer pocos, si no fuera porque estos diez años han sido preparados por una larga permanencia en Roma, en la Casa General, participando con la presencia o influyendo en los diversos organismos de consejo y de gobierno de la Orden Cisterciense, en la elaboración de documentos e ideas que después han tenido y tienen una influencia en la vida de la Orden, y no solo a nivel del derecho canónico.

Todo esto es bien conocido por todos.

Pero en medio de todo esto, Dom Policarpo era también un hombre no fácil de entender. La historia dramática de su vida, su extremada inteligencia, su modo de afrontar los problemas, de tratar las relaciones y las responsabilidades, nos dejaban a menudo un sentimiento paradójico. Es un hecho que en la Orden y en su Comunidad y Congregación, Dom Policarpo Zakar parecía como si solo pudiera tener amigos o enemigos, lo que significa que no era un hombre indiferente para nadie. Diría más: incluso en la relación que una misma persona tenía con él parecía como si se pasase de un extremo al otro. Yo mismo he tenido con él momentos de sincero afecto, como cuando vino a darme la Bendición Abacial, y momentos de tensión, como cuando tuve que plantearle la evidencia de que su comunidad deseaba un nuevo Abad. Y para muchos ha sucedido así también.

Desde el momento en el que me fue anunciada su muerte, he vuelto a sentir en mí toda esta paradoja, pero dentro de ella domina un sentimiento de afecto que en el momento crucial de la separación definitiva se experimenta hacia quien no ha sido indiferente en nuestra vida, quizá también porque nos hemos hecho sufrir mutuamente.

Su muerte me y nos pone ante el misterio paradójico de esta gran persona. ¿Quién era Dom Policarpo? ¿Quién era verdaderamente este hombre, este monje y padre?

Precisamente ayer, domingo, el Evangelio del día, Marcos 9,30-37, me ha conducido al corazón de esta pregunta, como si la misma Palabra de Dios viniera a responderme.

En este Evangelio, Jesús anuncia su Pasión, Muerte y Resurrección. Pero sus discípulos discuten entre ellos quién es el más grande. Jesús entonces dice: “El que quiera ser el primero entre vosotros, sea el último de todos y el servidor de todos.” Después pone en el centro un niño y lo señala como modelo de vida a acoger y seguir para asemejarse al mismo Jesús.

Creo que el Abad Policarpo ha vivido dentro de sí la tensión paradójica de este Evangelio, la tensión entre el deseo de ser más grande que los demás, favorecida por las cualidades y talentos que lo hacían efectivamente sobresalir, y un niño que a floraba siempre en él, un niño herido que pedía afecto, pero que también sabía darlo, y que a menudo lo hacía verdaderamente siervo de todos, sobre todo de los más débiles. En esta tensión entre el más grande y el niño, el Señor crucificado ha introducido en su vida la prueba y el sacrificio de una larga y dolorosa enfermedad. También en el padecimiento de la misma, el Abad Policarpo ha reaccionado como grande y como niño al mismo tiempo, mostrando una extraordinaria fuerza de voluntad en no dejarse nunca vencer por el hándicap, y, al mismo tiempo, haciéndose niño necesitado de continuo cuidado y, sobre todo, de amor y amistad.

El haber vivido como suspendido entre estos dos extremos es quizá el mensaje más profundo y desafiante que Dom Policarpo deja a la Orden Cisterciense y a todos. Un mensaje paradójico como su vida, un mensaje que nos recuerda que solo poniendo a Cristo en el centro, nuestra vida tiene sentido y unidad y se convierte en semilla fecunda de caridad. Por este mensaje, por este desafío, Dom Policarpo permanecerá en nuestra memoria, en nuestro afecto y en nuestra acción de gracias a Dios por él.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*